

de la escuela constitucional; acaso este razonamiento sea más simpático á nuestros lectores. Supongamos que los liberales representan los dos décimos de la nacion y que debería haber en la cámara dos décimas partes de antiguos liberales. Cuéntense bien los que hay. Con nuestro sistema electoral hay en la cámara una mayoría compacta que no tiene por el liberalismo sino un amor platónico y una minoría de las dos décimas partes de la nacion que no está representada y que brilla por su ausencia. Este es el grave inconveniente del sistema actual. Teóricamente la representacion debe ser la imágen de la nacion, pero de hecho no es sino la imágen de una mayoría; la minoría, pues, se encuentra, si no oprimida al ménos excluida de la asamblea nacional. Que la mayoría imponga su opinion á la minoría en el país, esa es la condicion de los gobiernos libres; pero que en la cámara no hay lugar para esa minoría es una iniquidad que acusa un vicio esencial en las instituciones.

Vamos á presentar un ejemplo palpable de la injusticia del sistema. M. Thiers se ha presentado en varias circunscripciones: en París, en Marsella, en Aix, en Valenciennes. En Valenciennes ha tenido de quince á diez y seis mil votos; en Aix diez mil; en Marsella quince mil, próximamente. Supongamos que en París le hubiese sucedido lo mismo y no hubiera sido nombrado. Un candidato que tiene en el país cincuenta y cinco mil votos fracasa contra cuatro adversarios que ninguno ha reunido mas de diez y seis mil. ¿Es esto justo? El sistema, pues, es malo porque no da á la minoría la representacion á que tiene derecho; conduce las cosas de tal manera que intereses y opiniones considerables no pueden penetrar en la cámara y no hay lugar en ella más que para un partido. La cámara no representa la Francia, sino la opinion que domina en un momento dado. El sistema representativo no viene á ser el bien comun de la nacion y el instrumento de la libertad, sino el privilegio y el instrumento de un partido.

Hé aquí ahora el sistema propuesto por M. Have y adoptado por M. Mill. No tomamos de él más que el pensamiento fundamental, dejando á un lado las combinaciones ingeniosas, pero complicadas. En política no se necesita mucho talento. Basta la sencillez y el buen sentido.

¿Qué representa el diputado? ¿Qué se necesita en Francia para ser diputado? Reunir la mitad más uno de cierto número de votos legalmente exigidos. Convenido, dice M. Have, pero ¿por qué no se cuentan más que los votos de la mayoría? ¿por qué no se cuentan

todos? M. Thiers no ha tenido en Marsella más que quince mil votos y su adversario, que ha tenido diez y siete mil ha sido nombrado; nada más justo; pero ¿por qué no se cuentan á M. Thiers esos quince mil votos con los treinta mil que ha obtenido en Valenciennes, en Aix ó en otra parte y se le declara miembro de la cámara? ¿Por qué además de las ciento cincuenta personas que han obtenido la mayoría requerida en cada colegio electoral no se declaran diputados á los que hubieran obtenido en diferentes colegios la mayoría exigida por la ley? ¿Hay algo de sacramental en una circunscripcion electoral? el que reúne veinte ó treinta mil votos en el país ¿no es también el representante de una grande opinion? Y, á decir verdad, ¿no tiene más arraigo que el elegido en un simple colegio local? ¿No es en más alto grado el mandatario de los electores puesto que ha reunido votos de toda la Francia? Supongamos que la oposicion hubiera elegido á M. Thiers para su candidato en todos los colegios y que hubiera dado el resultado de alcanzar un millon de votos. Sin embargo podia quedar excluido.

La reforma que propone M. Have es, pues, fundada en justicia y en razon. Pero no es este solo su mérito. Este sistema, además sería sincero, lo que en política vale mucho y tendria una ventaja enorme: cada uno sabria que su voto vale algo, mientras que en el dia, con la condicion de una mayoría local se obtiene el resultado de que las minorías, seguras de su derrota, no quieren tomarse el trabajo de votar y el cuarenta y cinco por ciento de los electores no se presentan al escrutinio.

En el Norte América, como en Inglaterra, como en Francia, para mover una masa de electores se necesita un gasto considerable y con frecuencia resulta que no es la mayoría del país la que se consigue representar, sino una minoría levantisca y turbulenta. Por el contrario, si cada elector sabe que su voto se contará y que desde el fondo de su provincia, si tiene simpatías por alguno que se presente en París puede ayudarle con su voto le dará, y la cámara nombrada de este modo representará sinceramente el país, porque representará, no la mayoría de la casualidad que vota en un colegio, sino lo que es mucho más considerable, el voto y la opinion de la Francia entera.

Tal es el sistema de M. Have, el cual me parece justo mientras que con los otros sistemas se está en el error. Por más que se aumenten los votos no se mejorará la representacion nacional mientras que no se dé parte en ella á las minorías; todo lo que se conseguirá será dar más violencia á los partidos.

M. Mill espera otra ventaja del reconocimiento del derecho de las minorías, que es elevar el nivel intelectual de la Cámara y hacer que lleguen á ella los hombres más distinguidos. Creer que el sufragio universal dará por resultado las mejores elecciones posibles es una ilusión; el sufragio universal es una masa enorme que solo la pasión la pone en juego; los hombres más capaces no son siempre los más populares y no siempre el mayor número de votos significa la elección más acertada.

La primera experiencia se hizo en Inglaterra en la reforma de 1832.

Sabido es que antes de la reforma electoral inglesa habia algunos pueblos que conservaban antiguos privilegios electorales, los cuales estaban en manos de personas que vendian su voto. Un gran número de estos pueblos pertenecía á grandes señores que disponian de los votos de sus terratenientes, y ¡cosa estraña! los parlamentos nombrados de esta manera reunian los hombres más capaces de Inglaterra; pero hoy que el sufragio es mucho más extenso, un hombre de un mérito superior, M. Stuart Mill, por ejemplo, no puede llegar á la cámara.

¿Por qué? Porque en otro tiempo los grandes señores ingleses querian hacer representar su partido por gentes suyas y buscaban naturalmente los hombres más capaces, haciendo entrar en la cámara los Burke, los Mackintosh. En el día hay gran número de electores que no tienen esa responsabilidad individual: se deja uno llevar de lo que dice un periódico, ó un comité; se sigue una palabra de orden y se llega á lo que M. Stuart Mill llama el triunfo de la medianía.

Este es el mal que MM. Have y Mill quisieran remediar. Su deseo es que los hombres más capaces no se alejasen de la vida política ni se separasen de la multitud, y como en el sistema que proponen todos los electores tienen derecho á creer en la eficacia de su voto, esperan dar al cuerpo electoral la energía de que frecuentemente carecen.

Esperan, en fin, que de este modo las minorías religiosas, políticas, económicas harán entrar representantes en la Cámara y esto será una gran ventaja. Mientras que los franceses fundan su triunfo para la unidad en borrar todos los colores y todos los matices, los ingleses, por el contrario, piensan que la variedad es la condicion de una buena representacion parlamentaria. Dan seis representantes á sus tres universidades para introducir en la Cámara

seis personas que sean sabios, filósofos; asimismo dan una representacion particular á los condados y á los burgos para que los intereses territoriales estén representados al lado del interés del número. Buscan siempre la armonía en la diversidad de los tonos. Nosotros queremos que todo pase por el terrible nivel de la uniformidad.

Hé aquí las reformas que se debaten en Inglaterra. Se las hemos presentado á nuestros lectores confiando plenamente en su imparcialidad. Sabemos que el sufragio universal es un dogma; que no se le discute, sino que se le adora; pero desconfiamos de toda fé ciega. En religion como en política eso no produce más que fanáticos, y los fanáticos son los que más tarde se convierten en ateos cuando su fé se va ó cuando tienen interés en no creer. Amamos sinceramente la democracia y creemos que el sufragio universal puede ser un buen instrumento; pero no le creemos infalible, ni tomamos al sufragio universal por la verdad ni por la libertad. Si se le pudiera despojar de su ignorancia y de sus pasiones, si se le pudiera dar una parte en esos intereses que no son del número, en las luces, en la capacidad, en los servicios prestados; si se pudiera salvar la democracia de sus arranques y de sus excesos, creeríamos hacer un acto de buen ciudadano asociándonos á esos esfuerzos y llenar nuestro deber de profesor llamando la atencion del lector sobre problemas que serán los del porvenir. Léjos de nosotros todo escrúpulo y toda falsa delicadeza. La mision del profesor es la de decir la verdad y los amigos de la verdad pueden abordar todos los problemas.